

# La frontera herida: imagen de Norteamérica en la narrativa de Carlos Fuentes

Irene GONZÁLEZ CARBAJO. I.S. Legio VII de León.

La influencia que Estados Unidos ha tenido y sigue teniendo, no sólo en México sino en toda Hispanoamérica, se percibe en muchos círculos intelectuales como un factor negativo. Por medio de su potente propaganda, Norteamérica introduce en estos países sus máximas de *progreso y consumo*, que abrirán camino a la penetración de las grandes multinacionales norteamericanas y con ellas la dependencia respecto al capital extranjero. Todo ello con el apoyo, dentro del propio país, de una clase dirigente que trabaja siempre en perfecta simbiosis con el empresario estadounidense.

Muchos escritores, desde el Modernismo, han alertado del peligro de una imitación a ciegas de los valores de Estados Unidos. El escritor mexicano Carlos Fuentes se ha hecho eco, ya desde sus primeras obras, de esta crítica a *la invasión norteamericana*. Citemos como ejemplo un párrafo tomado de *Cambio de Piel*, publicada en 1967, donde se critica el modo de vida de los mexicanos actuales:

Compan latas en Minimex para que pronto caigan bombas en Pekín y el mundo se salve para la libertad y los jabones Palmolive, huyen de las rotiserías con el cadáver de un pollo frito bajo el brazo para que los infantes de marina crucen pronto el río Bravo del Norte y el Bío-Bío del Sur (...). Salen de Sears-Roebuck con una aspiradora nuevecita para que el mundo pronto sea un campo de fósforos, suben a sus Chryslers y Plymouth y Dodges para cuanto antes el universo esté en orden, en paz, tranquilo, decente. Sin amarillos, sin negros, sin colores...(*Cambio de Piel*, 465).

El modelo que siguen, importado del Norte, no sólo no contribuye al desarrollo del país, sino que, según Fuentes, lo está despojando de su identidad personal: "Siempre hemos querido correr hacia modelos que no nos pertenecen, vestirnos con trajes que no son quedán", comenta Manuel Zamacona a Federico Robles en *La Región Más Transparente* (1958, 393).

Ese ideal de progreso, tan dorado, tan deseado, lo buscan todos los millares de mexicanos y mexicanas que intentan cada año atravesar la frontera.

Norteamérica, por su parte, que tanto se ha esforzado en presentar a su país como ejemplar, cierra sus puertas y convierte la frontera Norte en una nueva alambrada. Dicha frontera, fuente de problemas en el pasado, es hoy, tanto o más que entonces, en palabras de Fuentes, "una cicatriz" (*Nuevo Tiempo Mexicano*, 1994, 109), reflejo de una herida que no acaba de curarse y que, en ocasiones, como en junio de 1992 cuando un emigrante mexicano es asesinado por un oficial fronterizo norteamericano en Arizona, vuelve a teñirse de sangre. Según opinión del diplomático Carlos Alonso Zaldívar (*El País*, 6 de junio de 1998) no se puede explicar la negativa a Clinton por parte del congreso estadounidense para negociar un nuevo tratado comercial con América, cuando la economía y el empleo "conocen sus mejores cifras tras siete años de expansión". E.E.U.U. siempre defendió el libre comercio y la oferta de acceso a su mercado ha sido una de sus máximas. ¿Cómo explicar entonces el ostracismo americano, en política no sólo exterior sino también interior, su búsqueda en los últimos años de una frontera hermética, un "muro de Berlín" que no permita la entrada de inmigrantes; ¿cómo explicaríamos la nueva oleada de racismo, contra negros e hispanos fundamentalmente?, ¿quizás se acusa a estos grupos de ser los responsables del contrabando de drogas, de los asesinatos?, ¿quizás también del déficit en la sanidad pública, en la educación?, ¿le roban los hispanos trabajo a los norteamericanos? ¿acaso la desaparición del "coco comunista" lleva a los americanos a buscar un "nuevo enemigo" que les devuelva la sensación de nación unida contra "el grave deterioro de la cohesión social"?

Estos temas que, como ya hemos indicado, no son nuevos en la obra de Fuentes, adquieren a través de los nueve cuentos de *La Frontera de Cristal* (en adelante LFC), publicada en 1996, su expresión más contundente. Tanto en estos relatos como en el ensayo *Nuevo Tiempo Mexicano* (en adelante NTM), publicado en 1994, examina a México y Estado Unidos, los hace mirarse frente a frente, separados por el cristal del rencor, el racismo, el odio, la discriminación, la explotación, la pena, la violencia, el abuso... pero también la admiración mutua, la fascinación que produce lo exótico, lo extraño. Los valores culturales, la forma de entender la vida, la familia, el honor... surgen como un abismo que separa ambos países hasta el extremo de hacerlos prácticamente irreconciliables. Encontramos múltiples ejemplos en la narrativa de Carlos Fuentes donde contraponen ambas culturas. Dado el breve espacio del que dispongo, me centraré fundamentalmente en las dos obras anteriormente mencionadas.

En LFC esta diferenciación aparece, de una forma u otra, en todos los relatos pero señalaré tres donde se aprovecha la estancia de mexicanos y mexicanas en Estados Unidos para mostrar, en dos casos, "la hipocresía y la arrogancia que puede acometer el buen pueblo yanqui" (LFC, 287) y, en otro caso, la desesperación de un hombre que sufre una sociedad insípida, vacía, rutinaria pero a la vez voraz cuando se trata de obligar a consumir.

Juan Zamora, personaje central de "La pena", siente en propia carne, a

causa de su homosexualidad, "el puritanismo repugnante de esa gente, su espantoso disfraz de bondad y de perpetua, inviolable santidad política y sexual" (LFC, 57) Su familia anfitriona, los Wingate, representan a los norteamericanos de clase acomodada cuyos máximos demonios son: "negros, homosexuales, pobres, ancianos, mujeres, extranjeros" (LFC, 61). A estos miedos habría que añadir el *peligro comunista*, contra quien tanto luchó R. Reagan, granjeándose, obviamente, el apoyo de todos los que, como los Wingate, reciben, no sólo los ingresos de las industrias armamentísticas o posteriormente de los bufetes que hacen contratos de defensa entre los fabricantes de armas y el gobierno norteamericano, sino que también obtienen toda su información de la televisión, "la caja idiota", como la denomina el escritor Carlos Monsiváis donde la estrella sonriente del Western lanza mensajes que tanto gustan a muchos americanos: "...vuelve a amanecer en América" (LFC, 46) declara Reagan, a la par que frena los avances del comunismo en Centroamérica. Los gringos, nos dice Juan Zamora,

creen que la prosperidad inocula contra el comunismo... Dogmática, aunque inocentemente, creen que la expresión mundo libre es idéntica a libre empresa (LFC, 47).

Sufre también los prejuicios del mundo anglosajón, Josefina Ayala; la mexicana debe soportar los comentarios perversos de Miss Amy, su desprecio hacia "negros, judíos, italianos, mexicanos" (LFC, 179). Este racismo se basa, como ella misma confiesa, en un total desconocimiento, "en la falta de pruebas, la irracionalidad" (LFC, 182) Fuentes toma como pretexto una fiesta mexicana en el jardín de la anciana para destacar las diferencias entre "los olores insólitos...el desfile de platonés de barro colmados de alimentos indescifrables" y el olor "a encierro" de la mansión de Miss Amy (LFC, 190).

Como broche final, la fidelidad de Josefina a la familia, al hombre que ha elegido como esposo contrasta con la frialdad de la norteamericana que "no ha querido nunca a nadie" (LFC, 193).

En el cuento titulado "El despojo", Fuentes aprovecha el nombre del dios heleno Dionisos, el Baco Romano, para dar a su personaje central: Dionisio "Baco" Rangel todos los atributos de este dios: gusto por los placeres de la vida, que para el mexicano serán: "Cocina y sexo... más aquélla que éste, pues se puede comer sin amar, pero no se puede amar sin comer" (LFC, 79).

En este relato, Fuentes, a veces cómico, a veces agresivo, siempre lúcido, nos propone una visión de un pueblo donde Dionisio debe sobrellevar, al menos durante dos meses en sus giras por Universidades americanas, la cruz de "predicar la buena cocina en un país incapaz de entenderla o practicarla" (LFC, 72); Más adelante nos dice:

El espanto de sentarse a cenar a las 5 de la tarde no era nada comparado con el horror de lo que a esa hora, en que los mexicanos apenas se están levantando de almorzar, se servía en las mesas académicas... ensalada de lechuga desmayada, coronada con jalea de fresa... pollo de hule, incortable e inmasticable, servido con ejotes duros y un puré de papas enamorado del sabor del sobre de donde salió. El postre era una simulación del strawberry shortcake, pero en versión esponja de baño. Por último, un café aguado permitía ver hasta el fondo de la taza y admirar los círculos geológicos que diez mil porciones de veneno habían dejado en ella (LFC, 74 - 75 ).

Dionisio se vuelve corrosivo cuando define a su auditorio: "émulos de Beavis y Butthead, vástagos de Wayne's world, ...convencidos de que ser idiotas era la mejor manera de pasar por el mundo" (LFC 76). La imagen del americano medio sería la que se muestra en la película Forrest Gump, donde no hay mayores pretensiones, todo lo domina el azar y la imbecilidad.

De esta manera el hedonista Dionisio, frustrado por la cocina americana, por los americanos que le rodean, ve cómo otro de sus placeres, las mujeres, en este caso las americanas que mágicamente le ofrece el *charrito-genio de la botella* en el restaurante, son también fuente de frustración: ni la anoréxica neoyorquina, ni la cuarentona eternamente niña, ni la trabajadora incansable pegada a su "celular", ni la "joggista" divorciada, ni Ruby, la mujer monstruosamente gorda, parecen satisfacer al mexicano. Curiosamente esta última mujer es un personaje tomado de la novela del escritor chileno recientemente fallecido José Donoso: *Donde van a morir los elefantes*, publicada en 1995 y donde aparece también el contraste entre Estados Unidos e Hispanoamérica. A Dionisio, que sí admira "la cultura, los deportes, el cine, la literatura de los gringos" (LFC, 97), sólo parece cautivarle la sureña, amante del béisbol y concedora de Faulkner, que además ha adoptado a una niña mexicana; pero ésta, como todas las demás, al final se desvanece.

También en este relato aparece reflejada otra gran preocupación del escritor: el consumo. "Abundancia. Sociedad de la abundancia". Así define Dionisio este país y a él mismo como "víctima pasiva de la sociedad de consumo americana" (LFC, 77) y decide convertirse en víctima activa y comprar todo lo que le ofrecen los anuncios de televisión: "leches malteadas para adelgazar, los clasificadores para documentos, los CDs irrepitibles... los complicadísimos aparatos para entonar y / o desarrollar músculos, los platos conmemorativos de la muerte de Elvis Presley, o la boda de Carlos y Diana... los ofrecimientos de viajero frecuente de todas las aerolíneas..." (LFC, 78). Posteriormente, en su viaje de retorno a México, del mundo civilizado al mundo indígena, abandona todas las posesiones gringas: "llega desnudo como naciste... de la tierra que lo tiene todo, a la tierra que no tiene nada" (LFC, 106).

Progreso y consumo son los dos pilares básicos de esta sociedad "uniforme, robótica (LFC. 81), Gringolandia" (LFC, 104) de ensueño para todos aquellos que

desearían vivir y consumir allí. Este sería, como señala el profesor Javier Ordiz en su libro *El mito en la obra narrativa de Carlos Fuentes*, publicado en 1987, un mito del mundo occidental: el de la sociedad de consumo que Norteamérica ha extendido por todo el mundo, incluido México. "Quetzalcóatl nos prometía el sol, Pepsicóatl nos promete una lavadora Bendix pagable a plazos" (*Tiempo mexicano*, 1971, 34). Señala el profesor Ordiz que el peligro lo encontramos dentro de México, en una clase dirigente que copia los modos de vida del vecino del Norte. Leonardo Barroso, "zar de la frontera norte" (LFC, 34) se ha construido su mansión en un barrio al que todos llaman Disneylandia, lleno de "reproducciones de Tara, la plantación de *Lo que el viento se llevó...* y rejas" (LFC, 18). En estas mansiones, la élite económica y sus familias viven "sin ningún contacto... con el país, ignorando cuanto ocurre del otro lado de sus altos muros, consumiendo pura cosa importada, mirando pura televisión por cable" (LFC, 31). Esta figura: el empresario capitalista, el cacique, *el chingón*, es un protagonista clave en multitud de novelas de la literatura hispanoamericana. Recordemos a Artemio Cruz, del propio Carlos Fuentes, o, más recientemente a Andrés Ascensio, en la novela *Arráncame la vida*, de la mexicana Ángeles Mastretta, publicada en 1996. Y siempre aparece reflejado con las mismas cualidades: poder corrupto, dinero, bellas mujeres a su alrededor, apoyo al/del poder norteamericano. Posteriormente hablaré del funcionamiento de Leonardo Barroso como dueño y señor de la frontera, y su perfecta unión con el poder económico del norte.

Así pues, nos encontramos ante uno de los mayores problemas, no sólo de México sino de toda Hispanoamérica en general: el olvido del pasado con todo lo que conlleva de pérdida de identidad nacional y la emulación de modelos norteamericanos de vida que penetran en el país a través de los medios de comunicación y ayudados por la ya mencionada clase de dirigentes económicos cuya forma de vida ya es totalmente norteamericana.

Para Fuentes la triple tradición que debería conformar el México actual: "la azteca, la Habsburga y la Borbónica se perdió con la independencia de la República al lanzarnos junto con el resto de la América española, a la imitación extralógica de las leyes y las instituciones de la Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos" (NTM, 45).

Repitiendo las palabras célebres de un gobernante mexicano: "pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos"; pobre México que ha perdido el respeto al pasado, a los mayores: "Matusalén, vejestorio, inútil, carga..." dicen los hijos de Emiliano Barroso; "pero yo quise a mi padre, lo respeté", dice él. (LFC, 125) Pobre México, que busca pertenecer al primer mundo a costa de olvidar. Esta dicotomía: el recuerdo / el olvido se nos presenta en el relato titulado "La raya del olvido" entre dos personajes ya mencionados: don Leonardo Barroso, el hermano poderoso, el Tezcatlipoca actual, el dios perverso, violento, enfrentado de por vida a su hermano Emiliano Barroso, el Quetzalcóatl moderno, el dios benefactor de la cultura náhuatl, que busca, que tiene "esperanza en la memoria:... le pido a gritos a mi memoria que regrese y me salve de la imaginación destructiva" (LFC, 109-111).

El pasado destruido, aniquilado, enfrentado al futuro, al progreso, a la riqueza conseguida vendiéndose al Norte; dicen los hijos de Emiliano, las nuevas generaciones: "si creces en la frontera, tienes que escoger... nosotros escogimos el Norte" (LFC, 122), aunque sea "como dependiente en el Woolworths... o de supervisora en una maquila" o preparando "burritos en un restorán mexicano del lado gringo" (LFC, 128).

En *Terra Nostra*, novela publicada en 1975, Fuentes, jugando a futurólogo, ya nos había presentado a México en las postrimerías del siglo XX, dominado por la crisis económica, los alzamientos guerrilleros, la división interna, el fanatismo, la contaminación, e invadido por los Estados Unidos, con el nuevo Tezcatlipoca, el Espejo Humeante, como nuevo presidente de la República. Su hermano, repitiendo de nuevo el mito tradicional, es el guerrillero idealista, el Quetzalcóatl que se levanta en Veracruz e intenta recuperar la identidad de México y combatir el Imperialismo.

La memoria histórica le sirve a Dionisio Baco Rangel en "El despojo" para recordar que los afanes expansionistas del *gigante del Norte* le han llevado desde épocas remotas a engrandecer su territorio. El *destino manifiesto* de E.E.UU perseguía "llegar al Pacífico, crear una nación continental, ocupar California" (LFC, 296). Asimismo, la falta de población en unas tierras "olvidadas primero por la monarquía española y ahora por la república mexicana" (LFC, 289) hicieron fácil la conquista de Texas y la posterior entrada de colonos yanquis. Así, territorios como California, Utah, Nevada, Colorado, Arizona, Nuevo México y Texas pasaron en 1848 a depender de los E.E.UU. Los "Estados Unidos de la Amnesia", como los denomina Dionisio poco recuerdan la guerra que despojó a México de casi la mitad de su territorio. Poco recuerdan los políticos americanos que alertan del *peligro mexicano* o los senadores que piden una alabradura más segura y firme, que California, como otros estados hace 150 años, no les pertenecía.

Posteriormente, el tratado de libre comercio, impone a México la entrada de mercancías, técnica y productos industriales de E.E.U.U. pero no así la libre entrada de personas. ¿Podemos entonces hablar de libre comercio cuando la circulación es sólo unidireccional? ¿mercado libre si se le cierran las puertas al trabajador que demanda empleo?.

En "La raya del olvido" varias voces recuerdan al idealista Emiliano Barroso:

Quando sus brazos hagan falta cruzarán la raya sin que nadie los moleste. Todos se harán la vista gorda. Pero cuando estén de sobra, los rechazarán. Los golpearán. Los matarán en las calles y a la luz del día los expulsarán. (LFC, 119).

Así pues, el trabajador y trabajadora mexicanos no hacen sino acudir a una

demanda del mercado norteamericano para realizar tareas que muchos norteamericanos no desean realizar o, desde luego, no por el mismo bajo salario. Acuden, además, a unas tierras que en el pasado eran suyas: Así lo recuerda el propio Dionisio o Mario, el policía mexicano de la frontera: "Antes todo esto fue nuestro. Primero fue nuestro. Volverá a ser nuestro" (LFC, 284). Como otros muchos de México "el pueblo de Benito Ayala vivía de enviar trabajadores a los Estados Unidos y de las remesas que los trabajadores hacían al pueblo" (LFC., 257). Ya desde el inicio de este siglo fueron brazos mexicanos los que trabajaron en acereras, como el bisabuelo de Benito, Fortunato Ayala, y los que se vieron deportados cuando llegó la primera gran crisis norteamericana de 1930. Fueron y siguen siendo brazos mexicanos los que recogen frutas y verduras en California: "Ustedes no fueron hechos para trabajar en fábricas. Mírense. Son bajitos. Están cerca de la tierra. Agáchense". (LFC, 258). Durante algún tiempo muchos braceros entraron legalmente, aunque en situaciones precarias, pero pasada la segunda guerra, de nuevo la frontera se cierra: "ya no eran necesarios" (LFC, 260).

El río Grande recibe entonces en sus aguas a multitud de *espaldas mojadas* que, ilegalmente y si son necesarios, son empleados por texanos y californianos:

Todos sabían que en época de cosechas no hay ley que valga... La policía ni se acerca a los ranchos texanos protegidos, aunque sepan que todos los trabajadores son ilegales.(LFC, 261)

Pero en el transcurso de estas migraciones hay algo que sí ha variado. Como comenta Benito Ayala, descendiente del primer Ayala que llegó a los Estados Unidos, "ahora era la peor época... seguía habiendo necesidad. Pero también había odio" (LFC, 262).

Carlos Fuentes (*Feliz Año Nuevo*, 1995, 24) interpreta este odio como una manifestación de xenofobia y racismo. Fácilmente reconocibles bajo su tez morena, los mexicanos, como otros muchos hispanoamericanos, son víctimas de grupos de adolescentes con ideas y parafernalia neonazi que "salen a cazar mexicanos". Así se describe el aspecto de los asesinos de Gonzalo Romero en el relato "Río Grande, Río Bravo": "Los brazos tatuados con insignias nazis, las cabezas rapadas, las sudaderas con las palabras de la supremacía blanca" (LFC, .301). Como señala Fuentes, México es el enemigo perfecto para muchos norteamericanos que lo ven como:

País sospechoso, poco confiable, eternamente menor de edad, incapaz de gobernarse a sí mismo, financieramente inepto, socialmente injusto. México exporta trabajadores porque no es capaz de emplearlos. México mendiga préstamos porque no es capaz de administrar su economía (*Feliz Año Nuevo*, 1995, 24).

Una vez elegido el *chivo expiatorio*, desde el poder, se culpabiliza al hispano

de cuantos males aquejan al gigante. La primera acusación se basa en el hecho de que los inmigrantes mexicanos roban trabajo a los ciudadanos norteamericanos. Como ya hemos indicado anteriormente, pocos norteamericanos realizarían tales labores a cambio de tan bajo salario. En el relato titulado "Malintzin de las maquilas", las trabajadoras nos recuerdan que han huido del hambre, del desierto, de Chiapas, de Oaxaca..., que han abandonado incluso el D.F. ante la imposibilidad de hallar trabajo allí; y buscan en Ciudad Juárez su oportunidad, incluso a sabiendas de que el salario "es diez veces menos que en los E.E.U.U., pero diez veces más que nada en el resto de México" (LFC, 145). Estas fábricas, situadas en ciudades fronterizas, como Tijuana o Ciudad Juárez, son "espejismos de vidrio y acero brillante" (LFC, 144) en medio de la nada donde se explota a un trabajador indefenso, donde México amanece como país del tercer mundo despertando del sueño de creerse país desarrollado, donde se opera con materiales importados y se exporta la totalidad de la producción, donde no se piensa en iniciar o potenciar la fabricación de bienes y objetos porque el rico vecino del norte vende más barato, la maquila

La fábrica montadora de televisores a color... Las maquiladoras que le permitían a los gringos ensamblar textiles, juguetes, motores, muebles, computadoras y televisores con partes fabricadas en los Estados Unidos, ensambladas en México con trabajo diez veces menos caro que allá, y devueltas al mercado norteamericano del otro lado de la frontera con el solo pago de un impuesto al valor añadido (LFC, 144-45).

El segundo argumento que esgrimen los grupos que pretenden acabar con *el peligro mexicano* es que los presupuestos norteamericanos deben su déficit al hecho de que estos trabajadores reciben beneficios en exceso, sin contribuir a la economía del país. La respuesta de la clase política es la proposición 187, aprobada en California, que niega a los mexicanos "educación y salud" (LFC, 286). En señal de protesta, Juan Zamora, el médico, lleva prendida sobre la camisa, una enseña de hojalata donde podemos ver el número 187 y una raya diagonal que anula la cifra. Los trabajadores con los que Juan habla, se quejan: "pagamos más, muchísimo más en impuestos que lo que nos dan en educación y servicios" (LFC, 287). Como señala Carlos Fuentes en NTM (110), el trabajador mexicano no tiene la culpa de la política seguida por Bush y Reagan. Denomina Fuentes "economía vudú"... la que durante 12 años llevaron a cabo los republicanos y que suponía una drástica reducción de impuestos y un aumento en los presupuestos de defensa. Así pues, del déficit presupuestario no son culpables, ni Clinton, que paga los errores de sus antecesores, ni el trabajador mexicano. Así como tampoco es culpable el mexicano del cierre de fábricas armamentísticas, que ha dejado sin trabajo a muchos norteamericanos. Se puede añadir, además, como respuesta a este segundo argumento, que las condiciones en las que viven muchos trabajadores en las ciudades fronterizas no son ni mucho menos ejemplares:

Aquí no hay seguros por riesgo de trabajo, ni medicaciones, ni pensión ni



compensaciones por dote, maternidad o muerte, nos están haciendo el gran favor, eso es todo, nos están dando trabajo (LFC, 146).

El empresario de las maquilas sabe además que si sus trabajadores o trabajadoras se van, mañana llegarán otros que aceptarán las mismas condiciones. Además el mexicano se prefiere a otros inmigrantes europeos porque, además de no soñar con la nacionalidad norteamericana, “no organizaba sindicatos o huelgas” (LFC, 260).

El tercer argumento en contra del inmigrante se centra en la acusación contra éstos de introducir la droga en E.E.U.U. En este sentido, indica Fuentes de nuevo que “las drogas no entran... en el paliacate de un indocumentado. Llegan en avionetas de los narcotraficantes norteamericanos, cuyos nombres todos ignoran y que jamás han sido objeto de publicidad o pesquisa, al contrario de sus contrapartes latinoamericanos... La culpa está en la oferta, la demanda es inocente... Es más fácil militarizar a Bolivia que militarizar el Bronx” (NTM, 109)

En otro orden de cosas, Fuentes describe el cambio que han sufrido ciudades fronterizas como Tijuana o Ciudad Juárez, que han visto crecer mafias nacidas de la droga y de la inmigración ilegal, nuevas empresas maquiladoras que explotan una mano de obra indefensa, crimen organizado, prostitución, toneladas de basura y vertidos tóxicos. En el relato “Malintzin de las maquilas” podemos encontrar ejemplos de esta situación: La explotación de trabajadores y trabajadoras, hacinados en “casitas de una sola pieza y retrete” (L.F.C, 139) esperando la oportunidad de saltar la *raya metálica* y penetrar en la mentira de Cabeza de Vaca, en el Dorado que vislumbran más allá del río. La frontera geográfica, por lo tanto, se convierte en una abismo entre ricos y miserables, que lo son aún más por comparación con lo que ven al otro lado.

No obstante, si la frontera es conflictiva, surgen en la mente de los que controlan la mafia de la inmigración nuevas ideas: “evitar el paso por la frontera. Evitar la ilegalidad” (LFC, p.200). Leonardo Barroso contempla la “migración obrera de México a los E.E.U.U. como *servicios*, incluso como *comercio exterior*”. Este hombre, considerado “dinámico promotor y hombre de negocios” por sus socios americanos se nos presenta muy diferente mirado por los ojos de su hermano:

Su nombre verdadero es Contratos. Su nombre verdadero es Contrabando. Su nombre es Bolsa de Valores. Carreteras. Maquilas. Burdeles. Bares. Periódicos. Televisión. Narcodólares ( LFC, 1 26)

En este país donde, como comenta Leandro en el relato titulado “La apuesta”, “unos cuantos chingones esclavizan a una bola de agachados” (LFC., 235), Barroso idea limpiar en fin de semana un edificio de oficinas en Manhathan, un “Teotihuacán de vidrio” (LFC, 213), una pirámide de cristal que se sube para alcanzar a los dioses.

El cristal frío que separa a Audrey de Lisandro, la norteamericana y el mexicano, es una *frontera de cristal* que no puede cruzarse. Sin embargo, surge entre ellos, dos desconocidos, un sentimiento que podríamos definir como fascinación mutua. Recíproca admiración que lleva a muchos hispanos a jugarse la vida para entrar en el Olimpo de los Señores del Norte. Por su parte, los hispanos reconquistan al poderoso por medio de lo que Dionisio ("El despojo", LFC, 73) denomina "el imperialismo cromosomático de México": millones de trabajadores mexicanos entre los yanquis y 30 millones de personas que hablan español.

No obstante, la población hispana tiene miedo a usar *la lengua de Cervantes*; este problema se plantea en el relato titulado "Río Grande, Río Bravo". "Quisieron que tuviera miedo de hablar español. Te vamos a castigar si hablas el lingo", decían a José Francisco en el colegio; "que se cambiara el nombre de José Francisco a Joe Frank... le iría mejor" (LFC, 292-93). Este es el miedo del 37% de votantes hispanos en California que dijo "sí" al monolingüismo: El pánico a que sus hijos e hijas no sean considerados auténticos ciudadanos norteamericanos, perfectamente integrados. Parece que "el idioma de Shakespeare, Milton y la Biblia", como lo denominaba Bernard Shaw, garantiza "cohesión social" y es, en palabras del ultraderechista Unz: "el cemento que mantiene juntas"; me pregunto si no es el cemento que pretenden utilizar los conservadores californianos para construir una muralla más firme entre hispanos y angloparlantes. Este muro de incomunicación lo sufre el marido de Josefina Ayala, acusado de un crimen que no cometió, juzgado en un idioma que no es el suyo: "Es mi culpa que Luis María esté en la cárcel. Debí estar a su lado cuando pasaron las cosas. Yo sí hablo inglés", se lamenta Josefina (LFC, 177).

En California, un Estado donde el español ha sido la lengua dominante durante muchos siglos, gobernado primero por la Corona Española y después, durante tres siglos hasta 1848, por la República Mexicana, la aprobación de la proposición 227, no solo acaba con treinta años de educación bilingüe, consolidando a Estados Unidos como "el idiota monolingüe del universo" (Carlos Fuentes, *El País*, 18 de junio de 1998), sino que además se enmarca dentro de las iniciativas conservadoras contra los inmigrantes hispanos en California; las anteriores fueron: la aprobación en sendos referendos de leyes prohibiendo la asistencia social a los inmigrantes ilegales y otra que abolía la "acción afirmativa", esto es la discriminación positiva en los centros de estudios y los puestos de trabajo públicos.

Realmente, en opinión de Fuentes, una lectura rigurosa del Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848, nos demostraría que Estados Unidos se comprometió al firmarlo, a mantener la enseñanza del español "de California a Colorado y de las Rocallosas al Río Bravo" (C. Fuentes, *El País*, 18 de junio de 1998).

Estados Unidos es, no lo olvidemos, un país formado por emigrantes de todo el mundo; primero fueron, desde hace dos siglos, los emigrantes europeos y

hoy en día los emigrantes hispanoamericanos; pero mientras la mayor parte de los caucásicos no han tenido problemas para conseguir ser ciudadanos norteamericanos, sí los tienen determinadas etnias, entre las que se encuentran los hispanos. Como el oficial Dan Polonsky dice a Mario: "Ustedes los mexicanos que sirven en la patrulla tienen que demostrar su lealtad más convincentemente que nosotros. Los verdaderos norteamericanos" (LFC, 281). ¿Es entonces más ciudadano el descendiente de polacos que el descendiente de mexicanos?. "¿España no está en Europa? yo desciendo de españoles, tú de polacos, todos europeos,... tú lo ves todo como racista", se queja Mario (LFC, 281).

Sólo la arrogancia de quien se cree superior explicaría el hecho de que ciertos sectores de Estados Unidos pretendan convertir en único grupo importante de su cultura a los blancos. Sería negar que en su vasto territorio habitan otras etnias, sería olvidar que la base cultural de Norteamérica es la diversidad cultural. Para Carlos Fuentes, nadie como el hispano podría ejercer el papel de "mediador cultural del nuevo siglo"; el carácter fronterizo del norteamericano de ascendencia hispana, lo convierte en protagonista de una nueva cultura movable y migratoria. En este sentido se pronuncia el personaje de "Río Grande, Río Bravo", José Francisco: "yo no soy mexicano, yo no soy gringo, yo soy chicano... tengo mi propia historia" (LFC, 294).

Pero esta nueva cultura del siglo XXI, que Fuentes anticipa, debiera encontrar solución al concepto de lo que el escritor denomina *globalización*: ¿Por qué, en un mundo de constante intercambio de mercancías se impide la libre circulación de trabajadores?, ¿Por qué una Frontera Herida?...

Sin embargo, a pesar de los intentos por parte de algunos políticos por crear una frontera infranqueable, el aumento de los hispanoparlantes es un hecho innegable, que nos llevaría a afirmar que "el futuro de Estados Unidos es bilingüe". Como se ha señalado en un reciente congreso celebrado en Madrid en Junio de este año (1998), tres factores contribuyen a este crecimiento: la emigración, la proliferación de los medios de comunicación en español (convendría señalar, como ejemplo, que "la Nueva Mega" una emisora de radio en Español, se ha colocado en el primer lugar de audiencia en el área metropolitana de Nueva York) y la mayor presencia de la literatura hispana. Anticipa en este sentido el hispanista británico Geoffrey Ribbans la creación de "un triángulo entre España, Estados Unidos y América Latina sobre el vértice del idioma común"; sobre esta teoría del triángulo, el profesor peruano Julio Ortega, director del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Brown, ha señalado:

En esta triangulación, la novela latinoamericana ha hecho fecundo camino adelantado. Cada hispano que lee un cuento de Borges o Rulfo, una novela de Gabriel García Márquez o Carlos Fuentes, adquiere la ciudadanía cultural de su idioma. Cada muchacho norteamericano que aprende a leer en

nuestros clásicos y a hablar con nuestros contemporáneos es mejorado por un lenguaje que lo torna en criatura del diálogo.

De esta forma José Francisco también se convierte en criatura de la comunicación; se nos presenta como *contrabandista* de historias que “oía desde niño historias de inmigrantes, de ilegales, de pobreza mexicana, de prosperidad yanqui” (LFC, 293), como *contrabandista* de literatura de los dos lados que arroja, junto a los guardias de la frontera, “manuscritos al aire, al río, a la luna, a las fronteras, convencido de que las palabras volarían hasta encontrar su destino –sus lectores, sus auditores, sus lenguas, sus ojos” (LFC, 295). José Francisco, Joe Frank, es el único capaz de atravesar la raya, al lanzar al aire “un grito de victoria que rompió para siempre el cristal de la frontera” (LFC, 296).

En resumen, LFC presenta una serie de problemas candentes entre México y Estados Unidos que si bien no son nuevos, parecen recrudecerse cuando el cristal que separa ambos países se vuelve más opaco. Carlos Fuentes presenta también soluciones que pasan por considerar a México como un puente al siglo XXI construido con cimientos similares a los que utilizan Josefina y Miss Amy para crear su amistad: mayor conocimiento mutuo, mayor solidaridad, mayor tolerancia.

## Obras citadas

Donoso, José. 1995. *Donde van a morir los elefantes*. Madrid, Alfaguara.

Fuentes, Carlos. 1958. *La región más transparente*. México, FCE.

— 1962. *La muerte de Artemio Cruz*. México, FCE.

— 1967. *Cambio de piel*. México, Joaquín Mortiz.

— 1971. *Tiempo Mexicano*. México, Joaquín Mortiz.

— 1978. *Terra Nostra*. México, Joaquín Mortiz

— 1994. *Nuevo Tiempo Mexicano*. México, Aguilar.

— 1995. *Feliz Año Nuevo*. México, Aguilar.

— 1996. *La frontera de cristal*. Madrid Alfaguara.

— 1998. "Los Estados Unidos por dos lenguas". *El País*. Madrid.

Mastretta, Angeles. 1996. *Arráncame la vida*. Madrid , Madrid Alfaguara.

Ordiz, F Javier. 1987. *El mito en la obra narrativa de Carlos Fuentes*. León, Universidad de León.

Zaldívar, Carlos Alonso. 1998. "Europa y la impotencia de la superpotencia americana". *El País*. Madrid.